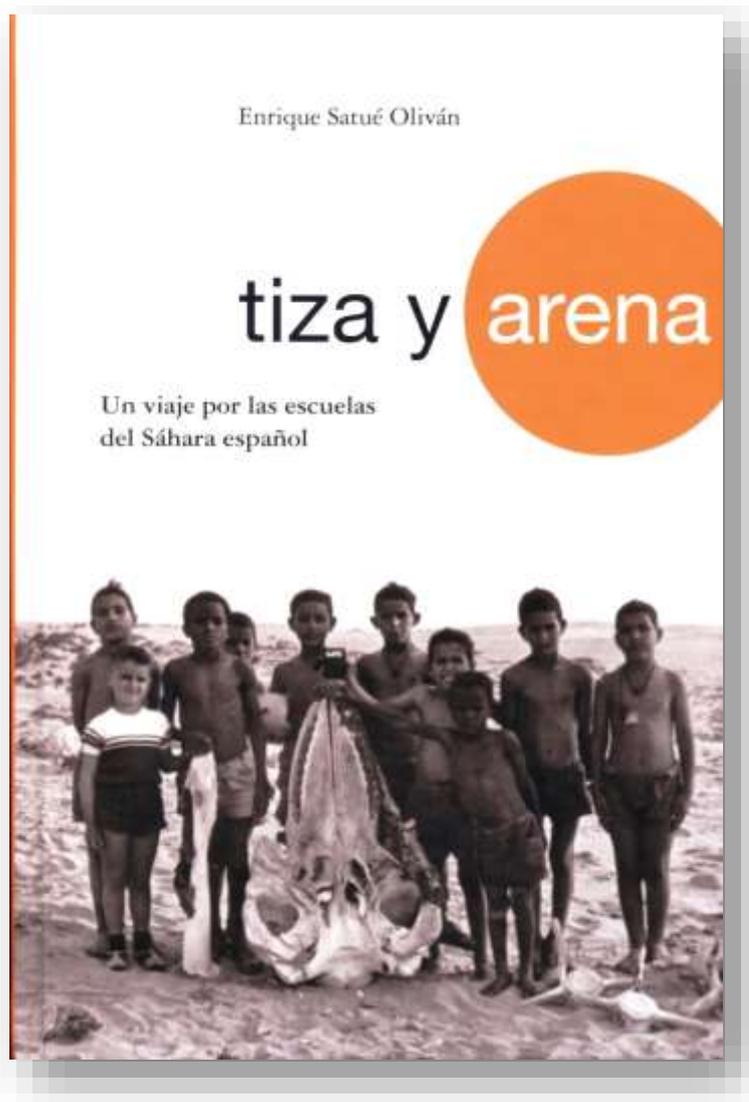


## **Tiza y arena: un viaje por las escuelas del Sáhara español**

Enrique Satué Oliván, *Tiza y arena: un viaje por las escuelas del Sáhara español*. Huesca, Diputación Provincial de Huesca, 2016, 230 pp.



El periodo de tiempo durante el que se pudo desarrollar una acción educativa sistemática en el Sáhara español fue muy breve, y coincidió casi en su totalidad con los años en que ese territorio fue una provincia española, de 1958 a 1976. Antes (de finales del XIX a 1958), la presencia de maestros españoles allí había sido anecdótica.

A explicar cómo tuvo lugar la misma, dedica Enrique Satué Oliván el libro *Tiza y arena: un viaje por las escuelas del Sáhara español*.

Enrique Satué, profesor y conocido escritor, entre otros temas, de etnografía del Alto Aragón, se había ya interesado por el tema del Sáhara a través del programa Vacaciones en Paz, una de las asociaciones que propicia la acogida de niños saharauis; plasmándolo en un primer libro, ilustrado por Roberto L'Hôtellerie, *Tfarrah: el Sáhara desde aquí*, de 1999.

A raíz de la aparición de esa publicación, comenzó Satué la relación con docentes que habían dado clase en ese territorio africano; y que le aportaron no solo información sobre el desarrollo de la función educativa en aquella zona sino muchas fotografías, de gran valor histórico, en las que se visualiza la misma.

Dado que, señala el autor, la educación en la antigua provincia española ha sido muy poco estudiada, con su trabajo pretende “animar a las personas capacitadas para que afronten investigaciones sobre el perfil del profesorado y el alumnado, la arquitectura escolar y los medios pedagógicos, la estadística concerniente a la educación, el papel de los dos institutos -los de El Aaiún y Villa Cisneros- y sus colegios menores asociados, la labor de las escuelas mixtas de los puestos del interior, la Organización Juvenil Española (OJE), la Sección Femenina -más estudiada-, las escuelas nómadas y, sobre todo, el atropellado proceso educativo, formador de cuadros que dirigiesen la independencia, que se dio al final.” (pp. 13-14) Y que, señala, todavía existe la posibilidad, junto a otras fuentes que van a permanecer indefinidamente -como el Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares- de informarse a través de testimonios directos de profesores vivos que realizaron allí un trabajo en unas condiciones muy singulares.

Precisamente a través de uno de ellos, Emilio Ruiz Seco, residente en Cantabria desde su vuelta del Sáhara, llegó a nuestras manos un ejemplar de *Tiza y arena*, que donó a la biblioteca del CRIEME en una visita que realizó con algunos familiares el verano pasado. A Emilio Ruiz le dedica unas páginas, también, Bahía Mahmud Awah en *El sueño de volver* (Madrid, Editorial CantArabia, 2012, pp. 25-28), libro de recuerdos de este escritor saharauí sobre sus primeros años de vida. Ahora, obligado a vivir lejos de su tierra, está seguro de que “muchos de aquellos maestros aún sienten lo injusto que fue aquel abandono sin previo aviso, que sorprendió a todos. Y vuelvo a la frase que me dijo aquel amigo, nuestra naturaleza de saharauis es no olvidarnos del amigo o de aquel que haya formado parte de un momento de nuestra vida. No he podido olvidar a mis maestros durante todo este tiempo.” (p. 28)

Y, en ese ejercicio de evitar el olvido, para que se recuerden los detalles de la labor educativa del gobierno español en el Sáhara, las páginas escritas por Enrique Satué van desgranando los distintos aspectos en los que se desarrolló la misma.

Así, tras un sencillo mapa de esa zona (p. 16), pero al que se recurre constantemente a lo largo de toda la lectura del libro para ubicar a personas, instituciones, hechos o fotografías, comienza *Tiza*

y *arena* refiriéndose al proceso de selección de los docentes que, en el caso de los maestros y maestras, eran elegidos entre los pertenecientes al Escalafón del Magisterio Nacional mediante convocatorias publicadas en el Boletín Oficial del Estado. Después, venía el viaje hasta El Aaiún y la distribución de los docentes por los diferentes destinos del territorio, en algunos casos muy alejados de la capital de la provincia: “El primer viaje tenía mucho de iniciático y eran varios los procedimientos para acceder al destino. El nuevo maestro podía incorporarse a una expedición de las escuelas nómadas que partiese de El Aaiún, sumarse a las caravanas de avituallamiento para la población civil que periódicamente, con camiones franceses Berlier y escoltadas por la Policía Territorial, se dirigían hacia los puestos o, finalmente, viajar en uno de los Junkers que hacían el servicio de estafeta semanalmente. También se podía utilizar el barco para llegar a Villa Cisneros y, desde esa población, enlazar con un convoy que llevase a los puestos del sur del territorio.” (p. 25)

Tras una descripción de los diferentes aspectos del entorno donde se va a insertar la explicación posterior de lo que fue la labor educativa (pp. 29-53) -historia, geografía, aspectos sociales, recursos, económicos...- y de cómo eran los llamados “puestos” -las poblaciones pequeñas, todas con una estructura similar; solo eran núcleos relativamente grandes El Aaiún, Villa Cisneros, Esmara y La Güera- (pp. 55-65), entra ya Enrique Satué en la acción educativa desarrollada por España en el Sáhara. Y, enlazándolo con lo hace un momento distinguido, señala que “para tratar la cuestión escolar, lo primero que hay que tener en cuenta es que en el Sáhara había dos realidades opuestas: una era la de las dos poblaciones importantes -El Aaiún y Villa Cisneros-, muy parecida a la de la Península, y otra la del interior, la del mundo de los puestos, singular y totalmente desconocida para los nuevos maestros.” (p. 67)

Describe Satué los horarios y calendarios, la estructura de los edificios, la escolarización (diferente de niños que de niñas), el absentismo, las familias, los comedores escolares, los maestros musulmanes -que daban las clases de Lengua árabe y de Religión coránica-, los métodos, las actividades...

Cayo Hernández, maestro de la escuela nómada número 4, de Bir Nazarán, le relató a Enrique Satué lo monótona de la vida cotidiana en esas escuelas nómadas; aunque, de vez en cuando, con algunas sorpresas: “El siroco es un viento huracanado que arrastra gran cantidad de arena. Tuve ocasión de sufrir sus efectos cuatro veces en todo el curso. La primera fue pocos días antes de las vacaciones de Navidad. Primero aparece a lo lejos en el horizonte una nube muy oscura que va acercándose lentamente. Recogemos todo lo que hay dentro de la escuela, mientras empieza a soplar un viento cada vez más violento. La gente se refugia en sus jaimas y yo en mi *roulotte*, dentro de la cual todo es confortable, pero empieza a moverse y parece que el viento la va a volcar. Fuera, el constante azotar de los granitos de arena contra los cristales, una especie de niebla oscura, el rugir del viento y ruidos de lonas rasgadas y arrancadas de su sitio. Esta situación se prolongó durante tres días enteros. Cuando pasó el temporal y salí del carromato vi que la tienda grande que servía de aula había desaparecido arrancada por el viento, que la arrastró a considerable distancia

y la había rasgado de arriba abajo por varios sitios. Otro tipo de siroco mucho más frecuente consiste en una neblina de arena con algo de viento, y desde el mes de abril se dio muchos días al atardecer.” (p. 109)

El funcionamiento en el Sáhara español de la Organización Juvenil Española, OJE, (pp. 119-129), de la Sección Femenina (pp. 155-167) y de la enseñanza a través de las ondas de Radio Sáhara (pp. 169-175) no difería prácticamente del funcionamiento en el resto de las provincias españolas, así como el de los dos Institutos, de El Aaiún y su sección delegada en Villa Cisneros (pp. 131-141).

Muy interesantes son las páginas dedicadas al colegio menor de El Aaiún (pp. 143-153), dirigido la mayor parte de sus años de funcionamiento por el riojano Carmelo Moya, por las implicaciones de muchos de los allí residentes con la que iba siendo cada vez más intensa actividad del Polisario.

A la huella actual de la acción educativa desarrollada hasta 1976 en el antiguo Sáhara español dedica las últimas páginas de *Tiza y arena* Enrique Satué Oliván (como el Colegio La Paz, con la incorporación inminente de un aula del Instituto Cervantes, o las actividades de la Asociación Sociocultural de Hispanófonos del Sur).

“A modo de breve conclusión”, Enrique Satué quiere hacer que su interés por el Sáhara sirva “para avivar la llama que alumbró una clamorosa injusticia histórica. Ni que decir tiene que también sería deseable que las personas que vivieron aquella experiencia pedagógica se animaran a contarla.” (p. 207) Y sobre la tristeza que le sobrevino al maestro Joaquín Ferraz cuando a un alumno suyo muy inteligente su padre lo envió de pastor de los ganados, cortándole su trayectoria académica: “Dadas mis inclinaciones etnográficas, muchas veces he imaginado la plenitud que habría sentido como maestro de una escuela nómada... Y el sueño alcanzaría la máxima fuerza si, además de para efectuar un viaje por las escuelas del antiguo Sáhara con los lectores, este libro sirviese para saber qué ha sido de Mohamed Embarek, para que él y Joaquín, su maestro, pudieran verse o al menos cruzar unas palabras que, de algún modo, licuaran aquel amargo fracaso del 68, porque las claudicaciones personales no tienen por qué ser menos trascendentes que las de la historia general.” (p. 208)

**José Antonio González de la Torre**

**CRIEME**